

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

Ábrame grande



Con esta perentoria solicitud, los dentistas establecen su reino, su poder y su gloria. El paciente, que de por sí no es algo para llevar a una exposición, queda reducido a ser un humildísimo semoviente incapaz de hablar, de distraerse, de manifestar ningún otro sentimiento que no sea el de dolor: ¡aghhh!, ¿duele?... ¡mjjú!... no se preocupe, ya vamos a terminar (con perfecto cinismo, esto lo dicen cuarenta minutos antes de terminar el suplicio), por favor, ábrame más grande (¡no soy hipopótamo!, ya no doy más. Esto lo piensa el paciente, porque está imposibilitado para hablar, o para externar alguna opinión que no pueda manifestarse pelando los ojos). Señorita: ¡váyame preparando el microbisturí electrónico y el tunde-encías rabínico. Te ha pasado, lector querido, o si no, ya te pasará esto de escuchar al Sumo Sacerdote odontológico solicitar unos instrumentos cuya acción y efecto quedan ya muy lejos de la comprensión de cualquier mortal que no sea simultáneamente dentista y físico nuclear. Por favor, se enjuaga. El paciente que alcanza a percibir que la sangre le sale a borbotones por su boca que puede ser bonita o fea, pero es su boca, se precipita sobre un pinche conito que ni siquiera está lleno y se dedica a hacer buchec con tal de hacer tiempo y sin percatarse de que, con la anestesia, los labios no sellan bien

y se chorrean para todos lados. No crean que estoy hablando por hablar. Mis crónicas siempre parten de la cruda realidad. El lunes 19, de seis a nueve de la tarde-noche, estuve recluido en esa cámara de horrores que tiene mi amigo el Rayo de Tijuana, dentista de profesión. No saben todo lo que me hicieron. Me dejaron para el puritito arrastre. El encargado directo de mi caso, el Sub-gansito Padilla, se mostró muy satisfecho con los resultados de su acción. Perteneciente a una familia de futbolistas, el Sub-gansito todavía no ha hecho totalmente el ajuste entre la brutal tosiedad del futbol y esa delicadeza que uno tanto agradece en un dentista. Él siempre está jugando tiempos extra y, al primer descuido del paciente, le mete unos faules de esos que merecerían la expulsión fulminante. Tres horas estuve en las desinfectadas manos del Rayo y del Sub-gansito. Mientras Obama le escogía con toda la mala fe del mundo el vestido que su esposa luciría en la toma de posesión, vestido que la hacía ver como taco de quintoniles con huitlacoche (¡por cierto!, dejen de estar fregando con eso de que soy racista. De ninguna manera lo soy, como sí lo son millones de mis compatriotas. Obama me cae de maravilla y Doña Michelle, más allá de que se vista con las cortinas sobrantes, también me cae a todo dar) y mientras Bush trataba de anudar sábanas para escaparse por la parte de atrás de la Casa Blanca;

mientras ellos hacían eso, yo gemía en la casa del diente embrujado donde despacha el Rayo que es dentista, su mujer, la Raya, que también es dentista y el Rayito que decidió ser dentista (no sé si tengan perro, pero si lo tienen, es dentista). ¡Ábrame grande!, ya estamos terminando. Yo no sé si el Dr. sentía lo que decía, pero yo en verdad estaba terminando. ¿Y saben qué es lo peor?, que a los dentistas no los puede uno odiar a gusto, porque a fin de cuentas, lo que hacen, lo hacen por nuestro bien. Así es que hay que darles las gracias, reconocer su habilidad técnica y su impecable formación científica.

Si le duele, tómese un Dolac (o péguese un tiro. Esto no lo dicen, pero se sobreentiende). Y así fue como pasé una noche tormentosa y friolenta en esta alta ciudad del Valle de México.

¿QUÉ TAL DURMIÓ? MCDLXIX (1469)

¿Qué pensará Josefina del matrimonio regiomontano entre el PAN y la Gordillo?

Cualquier correspondencia con esta dentífrica columna, favor de dirigirla a german@plazadelangel.com.mx (D.R)

